



No quiero
abortar

Corín
Tellado

Berta es la oveja negra de su familia. Su modo de ser franco, sencillo y sincero nunca cuajó con la forma de ser de sus gentes. Ahora vive con sus amigas en un piso, lejos de las provincias. Al quedar embarazada de Julián, ellas son su único apoyo junto con Julián. O eso pensaba. Cuando se lo cuenta le sugiere abortar, a lo que ella se niega en rotundo. Julián termina por irse a Toledo, como ya tenía pensado, y se lava las manos. Berta tiene que sacar a su hijo adelante y empieza a trabajar en la revista donde trabaja una de sus amigas, Matilde. Esto dará un giro a su vida que ella jamás hubiese esperado...

Índice de contenido

Cubierta

No quiero abortar

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Sobre la autora

El hombre fuerte crea los acontecimientos, y el débil soporta lo que el destino le impone.

A. DE VIGNY

CAPÍTULO PRIMERO

Mary y Matilde intercambiaron una mirada indefinible, aunque, bien mirado, quizá no fuese tan indefinible.

Evidentemente a Berta le tenía sin cuidado la concreta o inconcreta mirada cruzada entre sus dos amigas. Allí se estaba dilucidando algo muy claro, y para ella tenía un significado absolutamente lúcido.

Tras haber dicho ella dos únicas palabras, tanto Mary como Matilde se habían quedado mirándose, la miraron después a ella y permanecieron mudas, como mudas aún seguían.

Por primera vez en su vida las manecillas de aquel reloj parecían no moverse o hacerlo con abrumadora lentitud.

—Bueno —dijo al rato—, ¿qué os pasa? ¿Es tan raro lo que me ocurre? Yo entiendo que es una consecuencia más de las relaciones lógicas de una pareja. Cuando terminé la carrera y empecé a hacer mis pinitos como periodista, me apoyasteis, me ayudasteis. Incluso como amigas me habéis ofrecido un cuarto en vuestro apartamento... —miró ante sí dilatando un poco el rasgado de sus verdes ojos—. Cierto que tengo que pagar mi parte y que a veces me veo negra para conseguirlo..., pero eso es lo de menos. Lo de más es que he conseguido no retornar a provincias con mi familia —sacudió la cabeza con bríos—. Evidentemente mi modo de ser franco, sencillo y sincero, nunca cuajó con la forma de ser de mis gentes. Hay que vivir en una ciudad de provincias para comprender una situación así. Mi hermano mayor es médico y está casado con una empingorotada seño-

rita. Ser médico en Madrid es ser uno más, serlo en provincias es algo importantísimo. Sí, ya sé que se tiene la misma categoría, pero es diferente serlo en un sitio u otro. Mi padre es un notario muy conocido y mi madre una dama de esas amas de casa de antes, que se visten aún para sentarse a la mesa. Mi hermana está casada con un registrador de la Propiedad y también anda en ese mundo elitista que a mí me descompone. Soy, pues, la oveja negra de la familia y para romper con todo y si me han mantenido hasta ahora (si a mandar algún dinero se le llama mantener) ha sido quizá con el fin de que no me prostituyera. No lo hice, ni el hecho de ser como soy indica que jamás tuviese la intención de hacerlo. Pero ellos son extremistas para vivir, para pensar y para actuar, por lo que el hecho de que quisiera verme a Madrid ya indicaba de por sí y para ellos, que me perdía —se alzó de hombros—. De momento, quizá desde que dejé la ciudad a la cual, afortunadamente para mi familia, no he vuelto, os estaréis preguntando qué quiero decir con todo lo antedicho. Muy sencillo, que no voy a recurrir a mi familia.

Guardó silencio.

Mary —médico en La Paz— y Matilde —periodista en una emisora de radio privada— se miraron de nuevo, para luego lanzar una sonrisa hacia la joven.

—¿Y bien, Berta? —preguntó Matilde—. Nos estamos preguntando qué quieres indicarnos.

—Espero a Julián. Si no os importa le recibiré aquí. Le he citado.

—¿Quieres decir que él aún no lo sabe?

—Eso quiero decir.

Otra nueva mirada cambiada entre las dos amigas.

Pero esta vez Berta murmuró:

—Estáis pensando que Julián no tiene ni categoría ni madurez para reaccionar como un hombre.

—Sois novios, o lo que sea —indicó Matilde—, desde hace un año.

—Más o menos.

—Julián no termina hasta el año próximo. Es de Toledo.

—Bueno, ¿y qué?

—Tiene veintitrés años.

—No lo dudo, Mary. ¿Me estás indicando que no hará frente a la situación?

—Algo de eso estamos pensando —dijo Matilde por su compañera—. Debes de prepararte para decidir.

—¿Decidir qué?

—Pues... bueno..., la situación no es muy agradable para ti.

—Nada —cortó Berta—. Nada en absoluto. Pero está aquí y he de hacerle frente.

Mary se levantó.

Era alta y delgada. Contaría a lo sumo veinticuatro años. Procedía de un pueblo de León, si bien estudió la carrera de medicina en Madrid y sacó el MIR nada más terminar, con lo cual la plaza en La Paz la tenía asegurada por cuatro años por lo menos, entretanto no terminara la especialidad.

—Tomaremos una copa —dijo de modo raro—. Pienso que las tres la necesitamos. Y cuando venga Julián lo recibes sola, en la salita. Nos iremos Matilde y yo.

—Estáis pensando que Julián se lavará las manos —dijo Berta sin preguntar y sin resquemor, sin amargura.

* * *

Eso era, precisamente, lo que pensaban ambas amigas. Y quizá por ello cambiaban aquellas miradas entre sí.

Berta no se sentía ofendida.

Las apreciaba de veras. Recibió algún dinero de su familia entretanto estudió y su padre pagaba el colegio mayor de banco a banco, por lo que ella aprendió a desenvolverse sola casi desde un principio, porque con el dinero que le enviaban no tenía ni para comprarse pipas. Mary y Matilde

fueron sus mejores compañeras en el colegio y cuando aquellas decidieron alquilar un apartamento entre las dos, la invitaron a seguir las. Pero no podía, y solo al terminar la carrera, dos meses antes, y saber que su padre no pagaría ya el colegio mayor y menos siendo verano —el colegio se cerraba en tales épocas—, pidió a sus amigas lo que en su día rechazó. No dudaron en dárselo.

Pero... el contratiempo podía muy bien destruir la placida convivencia.

—Tú —preguntó Mary algo perpleja—, ¿quieres casarte?

Berta se alzó de hombros.

Ni era reaccionaria ni tradicionalista, pero puestas las cosas así, era lo viable, lo lógico, la única salida.

—Julián —puntualizó Matilde sin que Berta respondiera — pensaba irse a Toledo mañana.

—No pienso retenerlo. Pero debe saber lo que hay. ¿O no estáis de acuerdo con que se lo diga?

—Si es que piensas seguir adelante —apuntó Mary con cierto desconcierto—, sí, lógicamente, sí.

—No sé lo que quieres decirme.

—Es muy claro —replicó Matilde por su compañera—. Mary entiende que hay medios para evitar complicaciones de ese tipo.

Era lo que Berta sabía iban a decirle sus dos compañeras y lo que seguramente le indicaría Julián y lo que ella no haría en modo alguno. ¿Por convicciones propias? ¿Por una educación que al fin y al cabo aún tenía sus raíces en ella? ¿Por conceptos religiosos? ¿O no sería, más bien, por convicciones puramente humanas?

—¿Cómo es que te descuidaste así? —preguntó Mary sin aclarar cuestiones que parecían flotar en el ambiente.

—No lo sé. Mis relaciones con Julián no fueron íntimas desde un principio. Pienso que puedo contar con los dedos de una mano las veces que Julián y yo intimamos hasta ese

extremo, sin embargo, siempre estuve preparada. Pero algo ha ocurrido y el resultado es este.

—¿Cuándo lo has sabido? —preguntó Matilde.

—Esta mañana. Lo vengo sospechando desde hace dos semanas. Lo he confirmado hoy. Primero yo con el método casero y después he pasado esta mañana por la clínica de planificación familiar.

—¿Y es seguro?

—Sí, Mary. Es segurísimo.

—Pues vaya papeleta que se te echa encima.

En aquel instante sonaba el timbre.

—Ahí está Julián —dijo Matilde levantándose—. No te hagas ilusiones y soporta estoicamente el resultado. Ya nos lo dirás después, y si te apetece continuamos la conversación. Mary —miraba a su amiga—, nos vamos a la calle. El apartamento es demasiado pequeño y yo prefiero no oír la conversación. Ah, Berta, de todos modos y para lo que sea, cuenta con nosotras. La noticia nos ha causado estupor, pero eso no indica que no seamos tus amigas y compañeras.

—Gracias.

Las dos se fueron.

Desde la salita, Berta, aún anonadada, oyó la voz de Mary:

—Hola, Julián.

—¿Por qué me llama Berta? ¿Lo sabéis? Tengo las maletas a medio hacer. Ya me había despedido de ella.

—La tienes en la salita —oyó Berta que respondía Matilde—. Nosotras nos vamos al parque a tomar una horchata. En casa no se para de calor. Si es que te vas, que tengas buen viaje y hasta el curso próximo, Julián.

—¿Y por qué no he de irme?

Berta oyó el portazo y después los pasos apresurados de Julián.

Lo vio perfilado en la puerta, sudoroso, con la camisa despechugada y los pantalones de mil rayas algo caídos so-

bre las caderas.

—¿Qué ocurre, Berta? Tus amigas parecen misteriosas.

Berta se levantó.

Era una chica alta y delgada. De cuerpo esbelto y bien proporcionado. Las facciones irregulares pero atractivas, enmarcadas por un cabello rojizo lacio, algunas pecas salpicando la morenura de su piel donde los ojos verdes ponían una nota de intensa luminosidad.

II

—**S** iéntate, Julián —le invitó—. Si quieres tomar algo, debe de haber refrescos en la nevera.

—No quiero tomar nada — se impacientó Julián medio incrustándose en una butaca tapizada de tela estampada—. Lo único que tengo es prisa. He llevado el auto a cambiar el aceite y nada más tenga las maletas hechas, me voy. No espero a mañana porque aquí me aso.

—No creo que en Toledo haga fresco —apuntó Berta inmutable.

—Vivo en una finca de la periferia, rodeada de árboles. Por lo menos eso evitará que el calor sofoque como aquí. Veamos —más impaciente aún—, ¿qué pasa? ¿Por qué me has llamado? Y además me haces venir aquí. Pudiste habérmelo dicho por teléfono.

—Hay cosas —dijo Berta sentándose enfrente de él— que no se deben decir por teléfono. Y esta es una de ellas.

—¿Por qué no te vas a tu casa? Has terminado la carrera y con las colaboraciones que haces, proporcionadas por Matilde, no creo que puedas vivir. Un acercamiento con los tuyos puede ser interesante.

—Yo no te aconsejo nada concreto a ti —apuntó Berta inmutable—, de modo que procura no inmiscuirte en lo que debo y no debo hacer. Yo te he llamado para decirte algo muy concreto y además sin rodeos. No merece la pena usar paja cuando hay un montón de trigo, que es más vistoso.

—¿Metáfora?

—Una realidad que hemos de dilucidar los dos. Estoy embarazada.

Así, de sopetón.

Julián se levantó de un salto.

—¿Qué? No dirás que yo soy el padre.

Berta no esperaba tal salida.

Le miró sin moverse, pero para verle bien tenía que levantar la cabeza y la levantaba hasta casi torcer la nuca.

El sol no se había metido aún y entraba por una ventana de aquella sexta planta, produciendo un calor insoportable.

—¿Quieres poner a funcionar ese ventilador? —preguntó.

Julián hizo caso omiso.

La miraba de tal modo que Berta pensó si la estaría tala-drando.

—No tuve relaciones íntimas sexuales con nadie más. Y, por otra parte, lo que estoy diciendo es absurdo, porque tú lo sabes perfectamente.

Claro que Julián lo sabía.

Se sentó de nuevo y murmuró desalentado:

—Oye, perdona, pero... ¿no asegurabas que te habías preparado para evitar semejante eventualidad?

—Y lo hice. Fallé y lo siento.

—Bueno —Julián pasaba las dos manos por sus cabelle-ra rubia—, habrá que poner remedio, ¿no?

—¿De qué modo?

—¿Y me lo preguntas? —hurgaba en los bolsillos—. Tengo algún dinero. Con llegar a casa es suficiente. Así que con esto y algo que voy a sacar del banco, tienes suficiente. ¿Tú no te vas a Londres cada verano a trabajar? Pues este año te vas como todos, aprendes mejor el inglés y de paso... das carpetazo al asunto.

—Es lo que no haré. Aunque vaya a Londres a trabajar, no daré carpetazo a nada.

—¿Cómo?

—Si piensas en el aborto, no. Te digo ya desde este instante que no abortaré.

Julián empezó a removerse silencioso.

—No pensarás seguir adelante con ello.

—Pienso.

—Ah... —la miraba espantado—. ¿Casarnos?

—Es una posibilidad, pero a medias.

Julián se levantó y empezó a pasear la pequeña estancia como león enjaulado.

—Tú estás loca. Yo no estoy preparado para el matrimonio ni creo demasiado en él, ni tengo posibilidades económicas, y con mi familia puedo contar, pero con un paquete así no me ayudarán... Entiende eso. ¿Lo entiendes? No me mires como si fuera un gusano infecto. Ya sé que eres muy particular. No, si yo te quiero. Pero con ese paquetazo inoportuno, no. Y además... además...

—¿Quieres dejar de decir tonterías, Julián? Yo no te estoy culpando de nada. No me has violado ni me has convencido con malas artes. De modo que yo solo tenía que decírtelo y ya te lo he dicho.

Julián se sentó de nuevo y se inclinó hacia ella persuasivo.

—Berta, escucha. No seas testaruda. Hoy día... eso se elimina con facilidad. Dinero y solo dinero. No es tan fácil de conseguir, pero no imposible. De modo que...

Berta le cortó.

—Yo solo quería que lo supieses —dijo—. Y ya lo sabes. Los consejos te los guardas para ti.

—Pero eso también es mío.

—Desde el momento que te marches a Toledo queda en exclusiva para mí. Ya lo sabes.

—¿Pretendes forzarme a casarme?

—En modo alguno. Ni siquiera estaba segura de querer hacerlo. Pero sí tenía interés en conocer tu reacción.

Julián mesó de nuevo sus rubios cabellos que se iban empapando en las sienes.

* * *

—No seas terca —balbucía—. Escucha. Yo te quiero. Tú sabes que... con el tiempo, cuando terminara la carrera, cuando estuviera situado, pensaba casarme. Lo teníamos proyectado así desde un principio. Mis padres son reaccionarios. Gente con unos prejuicios como templos. Se parecen a los tuyos en eso. Pero yo tampoco podía decirles, ni puedo, que tu familia es elitista. Si tuvieras relación con ellos... Es verdad, ¿por qué no retornas a provincias y después regresas? Quizás si te acercaras a tu familia, la mía entendería y estuviera de acuerdo. Bueno, lo del embarazo nos lo podíamos callar y decir tan solo que nos queremos... Mira, Berta, mira...

—¿No dices que no estás preparado para el matrimonio? —le atajó Berta.

Julián volvió a removerse nervioso.

—No lo estoy. Pero ante un caso así... quizás las familias unidas... Pero si yo voy y les digo a mis padres que tu familia te ha dejado por inútil y que prefieren que no vuelvas por provincias... nunca estarán de acuerdo. Yo les conozco bien. Por supuesto que por mí no me casaba aún, pero... Mira, lo más lógico es que abortes y el día que nos parezca, dentro de un año o de dos, nos casamos... Para entonces ya estaré situado, quizás gane dinero...

Berta decidió levantarse.

Tenía sed.

Desesperación no, en modo alguno.

Entendía ya las miradas indefinibles cambiadas entre sus amigas. Tampoco ella esperaba heroicidades de Julián, pero sí algo más de humanidad.

Se dirigió a la cocina y abrió la nevera.

—¿Quieres algo fresco? —preguntó de lejos.

Julián bufó.

—¿Cómo puedes tomar las cosas con tanta serenidad?
Es inaudito.

—No quieres nada fresco —dijo Berta en voz alta, sin preguntar.

Y se tomó ella una limonada.

Retornó a la salita encendiendo un cigarrillo.

Vestía una camiseta de algodón sin mangas, de color rojo y pantalones blancos cortos. Iba descalza. Ataba la mata de pelo tras la nuca con una goma, y su cara morena y pecosa, donde los ojos miraban sin odio ni rencor, relucía como un espejo.

—Tienes una tranquilidad —se desesperó Julián— como el cemento.

—Menos. Hay una situación y dos complicados en ella. Yo sé lo que quiero hacer y lo que no quiero. Tengo las ideas muy claras. Tú expones tus puntos de vista sobre el particular y yo no los comparto. Eso es todo.

—¿Y vas a tener el crío?

—Por lo menos no pienso abortar. Eso, rotundamente, no.

—Pero es absurdo.

—Todo lo absurdo que gustes, pero es así. No me voy a morir de vergüenza. Prefiero tener el hijo que destruirlo, y aquí no entra para nada el prejuicio o la tradición. Entro yo con mi humanidad y mi moral.

—¿Y en qué parte me colocas a mí en eso? —preguntó Julián furioso.

Berta no se inmutó.

—Tú eres dueño de pensar y decidir lo que gustes, pero ni comparto tus decisiones ni tus pensamientos. Y que no estás preparado para el matrimonio, lo tengo claro. Otro hombre reaccionaría de distinta manera. Además, y después de oírte, ya sé que lo hemos pasado bien, pero no nos hemos querido en absoluto. Viéndote ahí, sé de mí que el amor era un pasaje sin importancia y en cuanto al tuyo